PEDRO A. PATERNO 4

LOS HERALDOS DE LA RAZA

(NOVELA CORTA)

AURORA SOCIAL

(COLECCIÓN DE NOVELAS CORTAS.)

AURORA SOCIAL

(Coleccion de novelas cortas)

POR

PEDRO A. PATERNO

Publicadas:

El Alma Filipina.

AMOR DE UN DIA.

(En el PANSOL de Calamba).

Boda a la Moderna

Maring, Amor de Obrero Filipino.

La Dalaga Virtuosa y el Puente del Diablo.

OBRAS PREMIADAS

LA FIDELIDAD.

1.er premio con 9,156 votos del público

HAZ EL BIEN
Y NO MIRES Á QUIÉN.

Premiada con 4,650 votos del público

LA BRAVEZA DEL BAYANI.

Premiada con 4,137 votos del público

Obras de D. Pedro A. Paterno

El Pacto de Biyac na bató
La Antigua civilización de las Islas Filipinas.
Música tagalog: El Kumintáng, El Kundíman, El Balítao y La Sampaguita.
Los Itas (primera parte de la Historia de Filipinas).
El Barangay (Gobierno tagalo).
Ninay, costumbres filipinas, (novela tagala).
Poesías líricas y dramáticas.
Sampaguitas y poesías varias.
El Cristianismo en la antigua civilización tagalog.
El Individuo tagálo y su arte en la Exposición Histórico Europea.
La Familia Tagálog en la Historia Universal.
Los Tagálog (segunda parte de la Historia de Filipinas).
El Régimen municipal en las Islas Filipinas—1893.
En automovil por el primer distrito de la Laguna de Bay—Manila, 1907.
El Problema político de Filipinas (estudios de Derecho Internacional).—Manila, 1909.
Génesis Filipino. 3 tomos.
Historia de Filipinas. Los Españoles 5 tomos.
Gobierno Civil de las Islas Filipinas.
Historia de los Estados Unidos. (Synopsis).
Los amores en Antipolo (Tradiciones).

LOS HERALDOS DE LA RAZA

(NOVELA CORTA)

PEDRO A. PATERNO

LOS HERALDOS DE LA RAZA

(NOVELA CORTA)

MANILA

Imp. «La República» Calle Sales núm. 30 (Quiotan) Sta. Cruz.—1911.

A

La Republica Escolar

DEL

"LICEO DE MANILA"

LOS HERALDOS DE LA RAZA

(NOVELA CORTA)

CAPÍTULO I.

Hacia la vida.

Dos estudiantes pobres. Se conocieron al llegar de provincias hermanas, *Misamis* y *Batangas*, la misma tarde que, desconocidos de todo el mundo, sus padres les dejaron con las lágrimas todavía en los ojos en aquel gran Centro de Enseñanza, llamado «LICEO DE MANILA».

Instintivamente el uno se acercó al otro; eran los *nuevos*; los demas chicos los quedaban mirando curiosamente y pasabande largo.

—¿Cómo te llamas?

—Luis. ¿Y tú?

—Yo Ramon, *(Eje-eje.)*

Y por allí comenzó la charla y la gran amistad de los dos jóvenes

Era al caer de la tarde; el *salón de recreo* se hallaba en sombras; de súbito álguien dió llave á la luz y todo se iluminó de repente.

Luís y Ramón alzaron las frentes, asustados. ¿Qué milagro era aquel? Allá en el pueblo no era la luz así; ni se encendía tan pronto y tan unánime.

Un muchachote alto y fornido que fué á recojer una naranja que había rodado bajo el banco en que charlaban, preguntado por el fenómeno contestó riendo:

—Pues la luz eléctrica, hombre! Ni que viniérais del *gubat.*

—*Luz eléctrica!*

Y también llamaban *eléctricos* aquellos coches tan grandes y llenos de gente, que pasaban veloces por las calles! Filosofaba Luis; de pronto le espetó á Ramón:

—Sabes chico, que me gustaría aprender eso de *eléctrico?*

—Y para qué te serviría? (*Ejé ejé.*)

—Toma! Pues para ser poderoso; ser un hombre *eléctrico*, construirme alas y subir alto, muy alto, muy alto... Sabes?»

Ramón le escuchaba alelado con mezcla de admiración y curiosidad: pensaba que su nuevo amigo era superior á él en inteligencia, más listo. Cenaron juntos; durmieron en camas unidas; y al día siguiente muy temprano cuando la campana del

Colegio despertó a los estudiantes, Luis se acercó misteriosamente á Ramón para susurrarle al oido.

—Sabes? He soñado que sabía de eso: *electricidad;* que me había fabricado dos alas y que llegaba tan alto que las águilas se perdían á mis piés...

Ramón le interrumpió:

—¡Qué casualidad! el mismo sueño!

—Tú también?

—También *(ejé ejé)*, sólo que llegaba más alto que tú, por que debajo de mí se apagaban las estrellas. *(Ejé ejé)*.

No se hablaron ya; camíno del baño, entre cién escolares más; pero luego hablaron mucho, mucho, durante los siete años que estudiaron juntos disputándose los *sobresalientes* de los exámenes mensuales, y los primeros *premios* de todos los cursos; y

ahora, ya hombres titulados *Bachilleres en artes,* en este caer de la tarde oriental y divina como siete años atrás recordaban antes de separarse; formando mil proyectos diversos, de cara hácia la vida, la noche aquella en que las lámparas eléctricas les asustaran tanto hasta hacerlos soñar con ensueños de gloria.

—Te acuerdas?

—Pues, no me he de acordar? Cáspita! *(Ejé-ejé).*

Se estrechaban las manos hablando, recordando la vida de las *clases*, los íntimos amigos, los casi hermanos, antes de romper definitivamente el encanto, y seperarse para siempre del «LICEO», lleno de ellos; después de todo había tristeza en sus palabras; y sus almas, á flor de labios, parecía revelar la nostalgía del pasado dulcemente.

—Y qué te piensas hacer ahora?

—Ya te lo he dicho Ramón, terminar el *Derecho*, y dedicarme á la Política. Quiero ser un gran hombre, dominador de la muchedumbre, excelso gobernante. Quiero que mi nombre, al pasar yo, séa dicho en voz baja respetuosamente *ese es el Honorable Luis Totlay.*

Ramón movía la cabeza de un lado á otro con su expectoración característica. Tuvo que contestar á Luis que hablaba:

—Y tú qué vas á hacer?

—Yo querría ser humilde y honrado *(Ejé-ejé);* abrazar una carrera honrada, aunque humilde; la del Profesorado, por ejemplo; y en ver de ganar mucho dinero *(Ejé-ejé)*; estudiar mucho, cáspita! ser, aunque retirado y pobre, un sábio.

Luis soltó una carcajada sonorísima.

Veamos, ó Ramón hablaba en broma, ó había que ponerle la camisa de fuerza; sí, señor, sí, estaba loco y loco rematado.

Ya estaba todo listo para la marcha. En la calle aguardaban las carromatas con los equipajes. Se estrecharon casi llorando, por última vez.

Luís fué el primero en separarse murmurando:

—Quieres algo para Misamis?

—Recuerdos (*Ejé ejé*).

—Y para tu amiga?

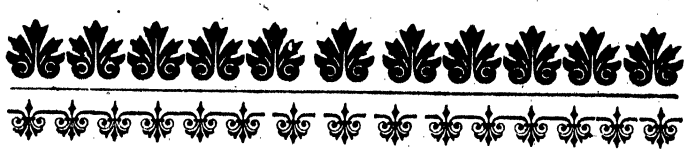
—Sí; dile á tu prima que no me olvido de ella; muchos recuerdos, muchos. (*Ejé-ejé*).

—Adiós!

—Adiós!

Partió primero Luís; luego Ramón.

¡Cuán tristes!



CAPÍTULO II.

Sueños de amor.

—Luís!

—Ramón!

Se encontraron en la Escolta en plena acera y plena mañanita.

—Pero, chico, eres tú?

—Y tú?

—Estás elegantísimo. Despues de tantos años! Cáspita! Dónde te has metido? Qué eres?

—Pues mira, Ramón: me marché á América, pensionado. Sabes? Y ahora tienes el honor de hablar con todo un señor *abogado*. . . pero aquí no estamos bien. Vente.

Lo arrastró hácia la Dulcería de *Clarkle's*. Pidió refrescos, y continuó:

—Y futuro *diputado*, chico, sabes? Me presento por mi pueblo, por mi distrito en las próximas elecciones. Mis sueños! Pero, qué es de tí?

—Mis sueños: Profesor del Liceo. *(Ejé ejé)!* Te acuerdas de nuestro querido «LICEO DE MANILA?» Enseño Ciencias.

—¡Qué barbaridad! Treinta pesos al mes! Así estás de flaco y cursi!

—La inclinación; qué quieres tú? En cambio sé bastante. Cáspita! *(Ejé-ejé)!*

—Saber!. . . Saber! Te advierto que vengo del gran mundo civilizado; no me hables de

chiquillerías, de pequeñeces! y se explicó, sorbiendo el frambuesa del refresco fragante y helado; bastaba con tener los *conocimientos generales del gran mundo y una carrera terminada* y todo lo demás era música celestial. Lo necesario es audacia, aprovechando todas las circunstancias y marchar en automobil por todos los caminos del encumbramiento. Sueldos y honores. Ante el dinero y una gran posición oficial todo el pueblo baja la cabeza y aplaude. ¡Va ya, si no aplaude ante el triunfo! Todo el mundo celebra el triunfo. Los caminos honrados y humildes son para los tontos... para recoger el lodo de los que pasan en coche ó en automobil... *¡Electricidad* para subir! La vida es breve para llegar á la cumbre y gozar de la cumbre. Como corolario á todo lo expuesto, invitó á comer á Ramón:

—Comeremos en casa ¿sabes? Tengo en Manila á toda la familia.

El corazón de Ramón palpitó violentamente. Estaba en Manila *ella*, la prima de Luís, la dulcísima Leonor; y la iba á ver; y la iba á hablar, y hasta iba á comer con *ella*, como hacía tanto tiempo atrasado, durante las vacaciones....

Leonor! Bella y dulce Leonor! Ya nunca la había vuelto á ver; amor suyo de estudiante, visión encantadora que aún al presente le llenaba el alma de embriagueces. ¿Cómo estaría?

—Mas hermosa, mucho mas hermosa de fijo! Y pensando en *ella*, soñándola, Ramón se asió al brazo de Luís para marchar unidos y cuanto antes á su casa.

Llegó rojo, él de suyo tan pálido siempre; y su saludo fué torpe, mísero, ante la elegancia

y la belleza de la antigüa amiga que se le mostraba otra, muy otra de lo que él seguía soñando; por que le cegó con su espléndida hermosura y le hizo temblar como ante un ídolo, dulce capullo convertido en flor, flor de Abril, de mieles y olores rica.

Pero es V. aquella Leonor? (*Ejé-ejé*).

—Y V. aquel Ramón?

—*Ejé-ejé* Sí; este es el mismo.

Terció Luís tomándole el sombrero para dejarlo sobre la percha:

—Este no ha cambiado en nada; está como cuando yo lo conocí.

Se sentaron á comer con la demás familia.

Ramón comió, con miedo á faltar en algo, con vergüenza á Leonor, que no cesaba de prodigarle finezas y ofrecerle entremeses, brindándole al propio tiempo la gloria de sus palabras amorosas en la encantada charla,

amena y familiar. Luís, elegante, desenvuelto, humillando en todo la palurdez del amigo, sin quererlo, con su correcta distinción.

Y ella, Leonor, mirando al uno y al otro, ambos sus pretendientes desde niños.

¡Y cómo contrastaban hasta en la manera de vestir! Qué pena dá ver á Ramón con la americana blanca, llena de costurones, y el viejo pantalón de lana, color de *tinapá*, descubriendo, tan corto, el zapatón roto y remendado, y los calcetines viejos y deslustrados, que acaso fueran de un bonito color antaño; pero al presente eran de todos los colores! Sin pensar en qué decía siquiera, arrancadas las palabras al propio pensamiento, de súbito Leonor interrogó:

—Y ganas mucho de Profesor, Ramón?

—Entre el Profesorado y otros trabajos más lo suficiente para gastar coche, si

quiero yo sólo; *Ejé-ejé);* pero tengo á mi madre y mis hermanas, que desde que murió padre las mantengo, *(Ejé ejé)* en el pueblo.

—Yá!

Ahora se explicaba Leonor la facha del pobre amigo; tan diferente al primo, hecho un príncipe, desde el alfiler de la corbata al charol de los zapatos. Qué buen chico, desde luego! Pero qué feo y pobretón! Luis también mantenía á su familia; pero no andaba como Ramón. Bueno, también Luis ganaba con su oratoria fogosa y forense, ganaba buen dinero.

Terminada la comida pasaron al salón Luis rogó á Leonor que tocase el piano y ella hizo reir al piano ella vals de *Dinorah.* Concluido, Ramón se despidió.

Quedaron sólos los amigos, y luego de departir largo y tendido, Ramón se despidió.

—Adiós, Ramón, que no dejes crecer yerbas en estas escaleras...

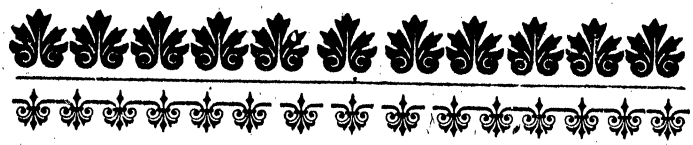
—Nó, nó; volveré, *(ejé ejé)*. Vendré siempre.

—Bueno, cuando quieras, adiós!

—Adiós, *(ejé-ejé)*.

—Y allá dentro de su alma:

—Adiós, Leonor! .. besándola con el ensueño.



Capítulo III.

Cumbres y flores.

—¿No está Luís?

—Nó.

No estaba; hacía tres ó cuatro días que se había marchado á provincias. Le reclamaba el distrito, que le votó Representante á la *Asamblea Filipina*, para las fiestas que iban á celebrar en su honor, por su triunfo.

Y Leonor hablaba aprisa, entusiasmada,

como si el triunfo del primo le atañera directamente.

Ramón suspiró, y como un relámpago allá en lo hondo de su pecho chisporroteó una duda: ¿No era acaso más positivo que él y más listo, Luis? Luis que se encontraba de vez en vez más, sin necesidad de estudiar tanto, de saber tanto como él sabía y seguía estudiando para arrastrar una vida triste y desolada?

Nó; le gritó su cerebro, su alma, su conciencia toda. Tú, persevera en el camino honrado; y sigue siendo humilde y sigue siendo sábio. Los gorriones para subir, necesitan ir en bandadas; las águilas suben sólas. Tú, colono, persevera, aunque humilde y sólo, en el camino de la Patria, y sin necesidad de nadie llegarás á más altura

Acariciado por la idea, orgulloso de

saberse á sí mismo, grande, lleno de fé en el futuro, en sus propias fuerzas...

Ramón tomó asiento frente á Leonor; y de sus labios trémulos, entusiastas, ante la hermosura palpitante de la tagala vírgen, subió, al aire enrarecido de la noche, una salve de Amor.

En el cielo brillaban las estrellas; en los labios de Leonor una sonrisa; Ramón seguía hablando:

—Y es éste amor tan grande, tan poderoso, *(Ejé ejé)* que á veces yo mismo me asusto parece un gigante de siete cabezas y catorce; brazos: las siete frentes para soñar en Ella; todos los brazos para extenderlos á su sombra perfumada de amor.... *(Ejé-ejé)*.

Se atajó las palabras divinas en el ardiente delirio de pasión:

—Y quién es la feliz?

—Oh, Leonor! *(Ejé ejé).*

—Quién? Vamos! ¿Porqué no me lo dices? ¿A mí, que sabes que te quiero tanto?..

—¿Has dicho que me quiero tanto!! *(Ejé eje)?*

—Sí lo dudas?

—Pero, Leonor!

Fué un rugido mejor que grito, el escapado del pecho del pobre. Ella asustada, se alzó mirándole fijamente. En sus labios brillaba una sonrisa; en el cielo brillaban las estrellas.

—¿Porqué gritaste?!!

—Cáspita! Por lo que has dicho *(Ejé ejé);* porque, ¿no es verdad lo que tú has dicho!!...

—¡Pero estás loco? ¿Qué tiene que ver el que te quiera tanto, tanto como te quiero y te quiere Luis y te queremos todos en

esta casa, cuando te hemos conocido tan de niño y sabemos lo bueno que eres, y lo que tú nos quieres también á todos...

¡Oh, qué gran verdad! ¡Qué ridículo estaba haciendo él, pobre Ramón, con tantas ilusiones! Pues ¿no se había pensado que Leonor le adoraba, tergiversando locamente sus palabras? Se retiró, bruscamente, sin despedir.

Ella pensó, mirándole partir, que se había vuelto loco; pero al día siguiente estando ella en la mesa desayunando le entregaron una carta. La abrió; la empezó á leer, todo sin dejar de comer bizcochos.

«Leonor: escúchame, escucha á mi corazón, oyes? Yo te digo que te adoro; él te dice que te adora; que sin tí se vá á morir. Anoche cuando te abandoné, reía, reía como un loco pensando en mí mismo, en tí, en

la vida. ¿Qué me daban mi ciencia, mis sacrificios, al mundo entero, si no me daban á tí, flor de las flores, beso que necesita mi humilde frente seca; fuego que clama el alma temblerosa de frío?.. Oh, mi risa! Oh, lo que yo reía, Leonor.

«Escuché; el viento reía también: ¿de quién? ¿por qué? ¿de mí? ¿de mi amor?

«Alzé la cara á Diós, y ¡oh, Leonor! Créeme que el cielo también se reía, se reía con sus largos rosarios de estrellas temblorosas.

«Y bien, ya lo sabes todo; me conoces todo: ama y contesta á tu

Ramón.»

—¿Quién ha traido esta carta?

—Un hombre, señorita.

—Espera?

—Sí.

Leonor pidió un lapiz, y en la página vacía de la misma carta contestó:

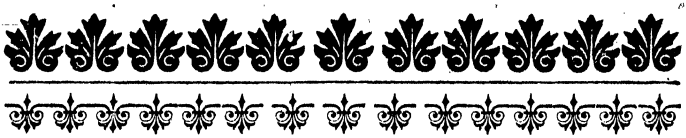
«Ramón: ¿Para qué engañarte? imposible que te quiera de otro modo del que sabes.

En la vida hay cumbres, y en la vida hay flores. Tu corazón, bueno y humilde me huele á *sampagas*; pero yo necesito una cumbre para reinar. ¿Me doy á entender? Tuya

Leonor.»

Encerró, en el mismo sobre, la carta. Escribió sobre la dirección: CONTESTADA, y la entregó para que fuera á destrozar un corazón olor á *sin-pagas*.

¡Oh mujeres!



Capítulo IV.

Cosas de la vida.

A lo mejor vamos por la calle y nos tropieza un amigo cualquiera.

—Ola, chico, ¿te acuerdas de fulanito?

—No. . .

—Hombre, ¿aquel etc. etc, etc,

Hacemos memoria; al fin, despues de recordar, exclamamos:

—Sí; ¿le ha pasado alguna desgracia?

—Quita, hombre! regular de desgracia! Le acaban de nombrar archipámpano....

Nos quedamos con la boca abierta.

—Parece mentira, Archipámpano tal fulanito! Parece mentira!..

Pues dos cuartos de lo mismo le pasó á Ramón cuando uno de los Profesores del «LICEO» le dijo que la *Asamblea Filipina* acababa de elegir *Speaker* de la Cámara á Luis Totlay.

—Parece mentira!.. Parece mentira!..

Y lo que le pareció luego más mentira fué en leer en los periódicos la boda de Luis con Leonor.

Por entónces empezaba á aclararse la situación política del país. Ramón no ya aquel, Ramón de antes, sino D. Ramón Kawit, respetado y querido por los miles de jóvenes que fuera enseñando durante su profesorado

y por la pública opinión en general, que le conceptuaba un sabio, era empujado á la lucha por propios y extraños; filipinos que le consideraban el *Patriota* verdad, dedicado en alma y cuerpo á los estudios y la enseñanza por amor al civismo; y americanos, por que nunca le vieron *lampaseando* los gabinetes de los altos dignatarios, ni quebrándose el espinazo ante los gobernantes en fuerza de genuflexiones, y respetos nécios.

Un día, la prensa apareció declarando, en caracteres de á palmo, la futura creación del *Senado Filipino*. Pasaron días y el tema pareció entrar por vías de legalidad. Al fin y al cabo de cierto tiempo fué un hecho; y la prensa toda se ocupó entonces del futuro *Presidente del Senado*.

Hubo pros y contras; la mayoría sensata

y digna abogaba por el humilde; pero excelso D. Ramón. ¡Qué cosas tiene la vida! La minoría por D. Luis, actual *Presidente de la Asamblea Filipina.*

Pero triunfó D. Luís, á fuerza de banquetes, de visiteos, de muñimientos, de exhibiciones, de frases y programas de Gobierno campanudos; y sobre todo triunfó de la humildad y la modestia y el retraimiento de D. Ramón, de D. Ramón que se reía de todos y de sí mismo, como aquella noche hacía muchos años ya, en que por Leonor lloró su corazón.

Sí; á él que le dejaran con sus libros y sus recuerdos olorosos de la muerta, sin flores, juventud; era tan grato, tan dulcísimamente grato aquello de llorar por todo lo difunto, entre las cuatro paredes de su estancia y su cerebro, sin más testi-

gos sinceros que la conciencia honrada y el alma pura, más pura que la de un niño.

Antes, acaso por aquel amor divino, que le dejó un suave aroma de estrellas y sampagas en la vida, aceptara él un puesto de honor, timbres de fama y gloria. Ahora, ahora si le querían dar algo, santo y bueno: si nó, santo y bueno también; pero no éra él, nó, Ramón Kawit, el hijo de su madre, que fuera a mendigar con zalemas lo que otros le concedían en derecho.

Una noche, antes del nombramiento de Luis Totlay para el gran cargo, Ramón tuvo el honor de recibir su visita; se abrazaron, como antes de chiquillos, las testas ya llenas de canas, distinciones honrosas de las luchas de la vida. Y Ramón adivinando el motivo de la visita, comenzó:

—Antes de que tú hables, óyeme á mí *(Ejé ejém)*.

Toda la vida me has conocido; y bién sabes quién soy; pues bién, mira mi última ilusión, si alguna tuve en la vida...

—Dí:

Descansar yá; dormir allá, debajo de la tierra, envuelto en mi adorada *bandera*. Vosotros, si queréis, si os acordais de mí, me echáis un puñado de *sampagas* encima; luego una cruz cualquiera tosca de palo, y luego, dejadme, alejaos, olvidaos de mi... *(Ejé-ejém)*.

—Hombre, Ramón!

—Nada, lo dicho. No temas de mí, ahora ni nunca, y con toda la confianza que me mereces tengo el honor de ponerte en la puerta de la calle.

Tengo unos estudios importantísimos. Adiós, recuerdos á tu Leonor *(Ejé ejém)*.

—Hombre, Ramón!

Lo dejó sólo y se internó en su cuarto.

D. Luis se caló el sombrero y murmuró frotándose las manos:

—Oh, aquel mi sueño del «LICEO»! Siempre que veo á Ramón surge ante mí: *¡Qué pequeñas debajo de mis piés, veía yo á las águilas!*

Como todo designio de la Providencia tiene que cumplirse, llegó la hora de la *Independencia de Filipinas.*

Entonces, el pueblo soberano atronó el viento unánime, proclamando Jefe de la República Filipina á D. Ramón Kawit, haciendo justicia á su talento, integridad y patriotismo; y cayendo en el desprestigio Luis Totlay.

Se celebraron elecciones presidenciales y D. Ramón Kawit triunfó...

Tinieblas en las cumbres del gran Luis Totlay... D. Ramón le recibió con los brazos en cruz:

—Tú también, Ramón, tú también soñaste como yo, que llegarías más alto, más allá de las estrellas, ¿no te acuerdas? Mira cómo ahora eres el primero!

D. Ramón lloraba.

—Nó, nó siempre eran verdad los sueños de los niños porque (*Ejé ejém*) Luis; ¿sabes, Luis? ahora que somos viejos y que ya entre nosotros no pueden existir rivalidades del corazón, yo me caí de esas estrellas que tú dices, una vez, que tu esposa Leonor á quien amé, despreció mis flores por tus cumbres...

D. Luis meditaba; acaso lloraba también...

—Pero créeme Luis, que al caer de tanta altura se me enredó el corazón á tres estrellas, *(Ejé-ejém)* y más fuerte mi corazón las arrancó del aire para que rodaran con él á tierra; allí las tienes; míralas.

Extendió el brazo, trémulo y largo para mostrar la *Bandera Nacional.* Allí están, míralas: una, dos, tres, no ha volado ninguna. Anda, acércate, no tiembles, bésalas, por primera vez con toda tu alma.

FIN.